

y sincera conversión, merecer ocupar un día en él el trono que la misericordia divina nos tiene preparado...; Así sea!

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

INSTRUCCION SEGUNDA.

SEGUNDO MIÉRCOLES DE CUARESMA (*en la oración de la noche.*)

Porqué no siempre es eficaz el sacramento de la Penitencia.

TEXTO. *Curavimus Babylonem et non est sanata!* Hemos cuidado Babilonia y no la hemos podido curar...

(JEREMIAS, LI, 9)

EXORDIO.— Hermanos míos, los antiguos médicos atribuían una virtud extraordinaria á una planta, hoy en día de todos conocida, que se cultiva en muchos jardines, y que se llama *salvia*. Decían ellos que ninguna enfermedad podía resistir á sus saludables efectos; remedio soberano contra esos humores malsanos que engendran la hidropesía, era igualmente eficaz para devolver á los paralíticos la sensibilidad que habían perdido y el libre uso de sus miembros; curaba la lepra, aliviaba las enfermedades del corazón... En una palabra, ni una había de esas mil enfermedades á que estan sujetos nuestros pobres cuerpos, contra la cual no se la invocase como un específico infalible.. Así es que había una famosa escuela de medicina que, llena de admiración por las pretendidas virtudes de dicha planta, exclamaba con entusiasmo : « ¿Cómo puede morir el hombre, cuando la salvia crece en sus jardines? (1)... » Era un error, hermanos míos, y la planta de que hablamos

(1) *Salvia confortat nervos manuumque tremorem tollit...*

Cur moriatur homo, cui salvia crescit in horto?

(Juan de Milan, *Schol. Salertin. Aph.*)

distaba mucho de tener tanta eficacia; tan cierto es que los hombres más sábios se equivocan... Pero Jesucristo, nuestro divino Salvador, no puede equivocarse: pero la santa Iglesia católica que él inspira no puede enseñar un error... Así pues, cuando nos dicen que el sacramento de la Penitencia cura todas las enfermedades del alma, la hidropesía del orgullo, la parálisis de la indiferencia, el cáncer de la avaricia, la lepra de la impureza, en una palabra, todas las pasiones á que estan expuestas nuestras almas, lo hemos de creer; porque es la misma verdad. Ahora pues, decidme, cuando tantos hombres se pierden apesar de la eficacia de este sacramento, ¿no nos encontramos también nosotros en el caso de exclamar : « ¿Cómo pueden condenarse tantas almas, teniendo á su disposición el sacramento de la Penitencia? »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta noche, hermanos míos, me propongo contestar á esta pregunta. Examinemos pues el porqué el sacramento de la Penitencia no produce siempre los saludables efectos que nuestro divino Salvador le ha atribuído. Dos razones me parece encontrar : *en primer lugar*, porque no se recibe con bastante frecuencia ; *en segundo lugar*, porque se recibe mal.

Primera parte. — No se acude bastante amenudo al sacramento de la Penitencia. No quiero hablar, hermanos míos, de los impíos, de los malos cristianos que no se acercan jamás á él, que difieren hasta la hora de su muerte el recibir este sacramento; éstos es evidente que no pueden experimentar sus efectos saludables : un remedio no puede curar á quien no lo quiere emplear... Pero vamos á ver, cristianos; un médico prescribe á un enfermo que tome cada quince días, cada tres semanas ó, si se quiere, cada mes, un medicamento que le ha de aliviar sus indisposiciones y le ha de proporcionar una perfecta salud. Si el enfermo no lo toma más que una vez al año, ¿tiene el derecho de decir que su médico le ha engañado; que aquel remedio no tiene las virtudes que se le atribuyen; que experimenta siempre las mismas indisposiciones y que no ha recobrado la salud? ¿No podría contestarle con razón el doctor : « El medicamento que os ordené es infalible; si no habeis experimentado sus felices efectos, es porque no habeis seguido mis prescripciones;

es por que no lo habeis tomado tantas veces y según las condiciones que yo había ordenado » ?...

Hermanos míos muy amados, Nuestro Señor Jesucristo podría decirnos otro tanto; porque el sacramento de la Penitencia, recibido con las disposiciones que se requieren, produce infaliblemente dos efectos: borra nuestros pecados, y devuelve la salud á nuestra alma fortaleciéndola contra las pasiones. Pero, de la misma manera que dais á vuestros cuerpos el alimento necesario, siempre que se deja sentir la necesidad de él, asimismo se debería acudir al sacramento de la Penitencia, nó únicamente una ó dos veces al año, sinó por lo menos en cuanto sospechais ó teneis motivos para sospechar que no os hallais ya en estado de gracia...

Dícese que una princesa de Austria, llamada Isabel, asistiendo al asedio de una ciudad y queriendo estimular el ardor de los soldados, juró que no se mudaría la ropa hasta que estuviese tomada la ciudad. El sitio duró mucho tiempo (1), y cuando la princesa pudo mudarse su ropa, ésta había tomado ese color amarillo súcio que se llamó desde entonces *color Isabela*. ¿Acaso también vosotros, hermanos míos, habríais hecho juramento de no lavar, de no purificar vuestra alma hasta tal ó cual época?.. ¿Habríais dicho acaso: « Yo me confieso por Pascua, y suceda después lo que suceda, aun cuando tenga que permanecer once meses encenagado en estado de pecado mortal, no me confesaré hasta el año que viene, en la misma época?... »

¡Qué error, mis muy queridos hermanos!... ¡Cuán mal comprenderíais el sacramento de la Penitencia!... No es de extrañar que carezca de eficacia para los que nos encontremos en tan tristes disposiciones... Nó, no eran así los santos... San Luis de Gonzaga, santa Teresa, San Cárlos Borromeo y millares de otros que os podría nombrar, acudían una vez por semana al sacramento de la Penitencia. ¡Y sin embargo, eran santos y llevaban en la tierra una vida angelical!... ¿Y nosotros, pobres pecadores, nos atreveríamos á decir que somos santos?..

(1) Isabel de Austria en el sitio de Ostende. Dicese que este sitio duró tres años, tres meses y tres días. Es probable que dicha princesa no llegó al principiar el sitio.

Penetro en una habitación rica y bien amueblada, donde nada falta; pero que desde hace un año nadie se ha ocupado en limpiarla. ¡Cuántas telarañas distingo en el techo! ¡cuán espesa capa de polvo oscurece las ventanas y cubre los cortinajes y los muebles!... Exhálase de ella un olor á moho; ha perdido todo lo que la embellecía... Ángel de Dios, tú que ves á esta alma, cuando sale del tribunal de la Penitencia, la ves rica, adornada, embellecida con todos los dones de la gracia; pero ha pasado un mes, seis meses, tal vez ha transcurrido un año... ¿cómo la encuentras?.. ¡Cuántas imperfecciones, cuántas faltas veniales, cuántos deberes olvidados, cuántos pecados mortales quizás han empañado su hermosura!.. Sí, hermanos míos, no lo olvideis, una de las razones por las que pierde para nosotros su eficacia el sacramento de la Penitencia, es porque lo descuidamos, es porque nos desdeñamos de acudir á él con más frecuencia...

Segunda parte. Una segunda razón, incomparablemente más seria que la de que acabamos de hablar, se opone á la eficacia del sacramento de la Penitencia. Es que con harta frecuencia, hermanos míos, se recibe mal, es decir, sin tener las disposiciones que se requieren... Hemos comparado ya el sacramento de la Penitencia á un remedio y, en efecto, es un remedio divino que Nuestro Señor Jesucristo nos ha dado para curar nuestras almas... Prosigamos pues aplicando esta comparación, ya que es tan exacta y se adapta tan perfectamente al asunto de que tratamos...

Un médico llega al lado de su enfermo. — «¿Tomó V. el remedio que le había indicado? — Sí, señor... — ¿Ha producido su efecto?... ¿Cómo se encuentra V.?... — ¡Ay! contesta el enfermo; no veo modificación alguna en mi estado; la calentura tiene siempre la misma intensidad, y la debilidad continúa... — Pero, diga V., añade el médico, ¿ha seguido bien mis indicaciones?... ¿Se ha preparado V. el día antes, ha tomado V. esta poción en ayunas como se lo había ordenado?... — Nó, anoche no me acordé, y esta mañana he almorzado antes de emplear el remedio que V. me había indicado.... — ¡Bah! prosigue el doctor; ¿entonces V. no quiere curarse?... Por lo menos ¿ha hecho V. disolver esta substancia como se lo había dicho?... ¿Ha usado V. luego las bebidas que yo le había prescrito? — Nó, señor, contesta el enfermo,

he creído que todo esto no era de suma necesidad. — Pues entonces, prosigue el médico, no cuente V. más con mis cuidados; ningún remedio le podrá curar, desde el momento en que se niega á hacer lo que se le ha mandado... » ¿No os parece, hermanos míos, que esto es lo que dicta el buen sentido? ¿Tiene pues la culpa el remedio, si el enfermo indócil é imprudente no ha curado?...

Me paro con una de esas personas que se confiesan únicamente por Pascua, y que pocos días después vuelven á caer en las mismas faltas, y siguen nuevamente la vida tibia y lánguida que llevaban antes... « — ¡Vamos! la digo, su confesión pascual de poco le ha servido; ya descuida V. sus oraciones de la mañana y de la noche; ya ha vuelto á cojer sus malos hábitos, ¿con qué el remedio divino no ha producido en V. efecto alguno?... » Esa persona balbucea, vacila en contestar, y al fin acaba por decirme... « — ¡Qué quiere V.!... uno no es impecable; hay tanto que hacer... y luego, etc... » ; Y sin embargo, queridos hermanos y hermanas, tendrían que ser muy distintos para vosotros los efectos del sacramento de la Penitencia!... Decidme, ¿habíais hecho bien vuestro exámen de conciencia, habíais tomado buenas resoluciones? ¿Os habíais escitado á la contrición antes de recibirlo?... « — No había pensado en eso » — ¿Habeis empleado en vuestra confesión la humildad, la sinceridad necesarias?... ¿Habeis cumplido piadosamente vuestra penitencia?... ¿Habeis procurado realizar las buenas obras que podíais hacer para satisfacer á Dios y al prójimo por vuestras faltas pasadas?... ¿Habeis pedido la gracia de Dios Nuestro Señor para lo venidero?... Si no lo habeis hecho, ¿qué tiene de extraño que el sacramento de la Penitencia haya sido ineficáz para vosotros?... ¡Vamos! sois un enfermo deshauciado, ningún remedio os puede curar...

Sí, hermanos míos, para recibir bien el sacramento de la Penitencia, es menester prepararse; y esta preparación comprende tres cosas: el exámen formal de nuestra conciencia, el pesar de las faltas que se han cometido, y la firme resolución de no volverlas á cometer... Después, no es esto aún todo, es menester confesar nuestras faltas con franqueza, con sinceridad, con una verdadera humildad y con la buena fè más completa.. Por último, es indispensable también tener la voluntad de compensar por medio de las buenas obras, por medio de los ejercicios de

piedad, el ultraje que hemos hecho á Dios con nuestros pecados, y reparar, en lo que de nosotros dependa, los perjuicios que hemos ocasionado al prójimo, ya en su honor, ya en sus intereses. Alguien ha dicho, con verdad, que la felicidad del hombre en la tierra se compone de tantas piezas, que es difícil poderlas reunir. En efecto, el uno tiene la fortuna y no posee la paz; á este le faltan hijos buenos; el otro no tiene salud; de suerte que es muy raro que un hombre sea verdaderamente dichoso en este suelo... Una buena confesión está asimismo compuesta de muchas cosas: el uno examina su conciencia, pero no toma buenas resoluciones; el otro tiene pesar de sus faltas, pero no tiene el valor de confesarlas con franqueza... ¿Será pues verdad también que una buena confesión es una cosa extremadamente rara?... ¡Tal vez, hermanos míos muy amados, tal vez!...

PERORACIÓN. — No quiero, amados hermanos míos, desanimaros insistiendo con demasiada energía sobre este punto; mi intención es sencillamente la de induciros á que os prepareis bien para vuestra comunión pascual. Yo deseo, y éste es uno de los votos más ardientes que hace mi corazón, que este año el sacramento de la Penitencia produzca sus frutos para vosotros todos... Dentro de un instante, Jesucristo va á salir de su tabernáculo... Mientras estará encima de este altar, pidámosle con instancia la gracia de que nos dispongamos, del mejor modo que nos sea posible, para alcanzar el perdón de nuestras faltas... Cuando nos bendiga, supliquémosle que bendiga también y haga eficaz este deseo que le habremos manifestado... ¡Ángeles santos que le rodeais, unid vuestras instancias á las nuestras para alcanzarnos este favor!.. ¡Y vos, dulce Salvador Jesús, dignaos asistirnos; que no se diga que este remedio tan saludable, que nos preparasteis en el sacramento de la Penitencia, nos sea inútil, ó se convierta en ponzoña para nosotros!.. ¡Haced, antes bien, que nuestras almas, curadas y purificadas por este admirable sacramento, puedan dignamente recibiros en la santa mesa y adorar en este suelo vuestras inefables misericordias, mientras esperan poder bendecirlas y alabarlas en el cielo por toda una eternidad... ¡Así sea!

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION QUINTA

TERCER DOMINGO DE CUARESMA (*en la Misa.*)

Degradación y abyección del Hijo pródigo; aplicación á los pecadores.

TEXTO. *Et misit illum in villam ut pasceret porcos.* Aquel amo le envió á una casa de campo para que guardase los cerdos.

(LUC., XV, 15.)

EXORDIO. — Hermanos míos, una gran santa, creo que santa Teresa, llamaba á las pruebas, *caricias del cielo*. En efecto, cuando Dios nos prueba, durante el tiempo que vivimos en la tierra, siempre es en su misericordia y en su amor... Ni los mismos justos se ven libres de estas penas y de estas pruebas. ¡Mirad al santo varón Job, mirad á Tobías, aquellos fieles amigos de Dios! Al primero, Satanás le quita sus bienes y sus hijos, le cubre de asquerosas llagas y le reduce al último grado de miseria; Dios lo permite, para hacer que resplandezca mejor la fidelidad de su servidor (1). El segundo se halla privado de la vista, durante largos años, y perseguido por el rey de Asiria, á fin de que se ponga más de relieve su virtud... Así permite Dios con frecuencia que aquellos mismos que se esfuerzan en servirle con afecto, en obedecerle con fidelidad, experimenten penas, sufrimientos, enfermedades, reveses de fortuna, ya para acabar de purificarles de las faltas que en otro tiempo cometieron, ya para perfeccionar sus virtudes, desprenderlas más de la tierra y dirigir cada vez más sus pensamientos hácia el cielo...

Pero Dios prueba igualmente á los pecadores, y les castiga en su

(1). Job, *passim*.

misericordia. Si lanza, como punzantes espinas, los pesares y las humillaciones en el camino del vicio, es con el objeto de hacer reflexionar y disgustar á los que lo siguen... Con frecuencia, quiere que el pecador encuentre en su mismo pecado un castigo, una pena que, en las vías de la adorable Providencia, tiene por objeto conducirlo á mejores sentimientos... Hay padres que se han mostrado idólatras de sus hijos: en vez de cultivar en ellos la piedad, la modestia, la docilidad, han procurado inspirarles ideas de vanidad, de coquetería, de disipación; se han complacido en halagar sus caprichos. ¿Qué tiene de extraño que estos mismos hijos se conviertan para ellos en una cruz, en una fuente inagotable de pesares?... Cada vicio lleva en pos de sí su expiación, su castigo; la impureza va seguida de la vergüenza y de la deshonra; la embriaguez va acompañada de la miseria y del embrutecimiento, y así de los demás.

Esto fué, hermanos míos, lo que le aconteció al Hijo pródigo; sus vicios trajeron el fruto que de ellos se debía esperar; sus pasiones arrastraron tras de sí las penas que merecían. Ya vimos el domingo pasado, como ese hijo rebelado contra su padre, entregado á toda clase de seducciones, abandonándose desenfrenadamente á sus malas inclinaciones, había quedado reducido á la más extremada miseria y se había visto precisado á entrar como mercenario en casa de un amo extranjero.

PROPOSICIÓN. — Hoy vamos á examinar las circunstancias que acompañaron á su esclavitud, y á ver hasta qué punto de degradación y abyección se vió llevado aquel infeliz... Ved ahí el relato del Evangelio: « Obligado por la miseria, se vió en la precisión de entrar al servicio de un hombre de aquel país, que le envió á una casa de campo para que guardase los cerdos. Allí él deseaba saciar su apetito con las cosas que los cerdos comían, ¡y nadie se las daba!.. »

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, degradación del Hijo pródigo reducido á tener que guardar cerdos; *en segundo lugar*, su abyección cuando llega al extremo de desear lo de que éstos se alimentan. Dos pensamientos que van á ocuparnos esta mañana, y en los cuales veremos una viva imagen de los tristes efectos que el pecado produce en el alma...

Primera parte. — Degradación del Hijo pródigo. Era poco para aquel joven, nacido de una familia rica, y educado con delicadeza, haberse visto reducido á la miseria, haber padecido hambre, y haberse visto precisado, para no morir de necesidad en la esquina de una calle, á vender su libertad, á hacerse mercenario, esclavo de un amo extranjero... Hasta para los criados y para los esclavos, hay trabajos menos envilecedores... Se puede trabajar en un oficio, se puede cultivar la tierra, servir al amo en la mesa... En todas estas ocupaciones y otras muchas que podría nombraros, nada hay que deshonre, nada que humille... Mas él, por una cruel irrisión de la casualidad... ¿Qué he dicho?... ¡La casualidad es una palabra vana!.. Por un justo castigo que la Providencia impone á su rebelión, él, que había nacido para mandar y nó para servir, era preciso que estuviese ocupado en las faenas más viles, en los más degradantes trabajos... Se le envía al campo á guardar los cerdos. *Missit illum in villam ut pasceret porcos!*

¡Qué cambio se ha operado en tu condición, desgraciado joven!...; ¡De qué altura has caído!... Efectivamente, mirad; hace apenas algunos meses que no se hablaba más que de él: habitaba un palacio, tenía servidumbre, se alimentaba con los más delicados manjares... Cuando pasaba con su fastuoso tren, todo el mundo le admiraba; ¡y ahora!... ¡Desventurado!... Oprímese el corazón al verle; ¡qué pena causa el mirarle!... Pálido, flaco, harapiento, guía unos animales inmundos, los más indóciles y los más repugnantes de todos los animales... El perro lame la mano que le alimenta; la oveja sigue al pastor. En los demás animales se encuentra una especie de reconocimiento; pero en los cerdos ¿qué hay?... En ellos no hay otra cosa que una glotonería ávida é insaciable.. ¡Y á guardar á semejantes bestias es á lo que el Hijo pródigo ha de consagrar su juventud, sus talentos, la educación que recibió!... ¿Comprendeis, hermanos míos muy amados, á qué abismo de degradación le han llevado sus pasiones?...

Tal vez sea difícil, hermanos míos, haceros comprender, merced al poco horror que el pecado nos inspira, que esta degradación es la imagen fiel de lo que á nuestras almas les sucede, cuando se han hecho esclavas del pecado... Probemos, sin embargo, con el auxilio de Dios, deciros algo... Recordemos, cristianos, la dignidad, la nobleza de nuestra alma; es la imá-

gen de Dios tres veces santo, es la hermana de los Angeles.... Llamada á amar á su Creador, á servirle en este suelo, destinada á poseerlo un día en el cielo, si se encuentra en estado de gracia, ¡cuán bella es! Es un templo, un santuario donde Dios habita... Hija muy amada del Salvador Jesús, ¡cuán brillante, cuán espléndido es el ropaje de justicia que la rodea!... Sol, oculta tus rayos; porque ante la hermosura de esta alma tu misma luz palidece, te quedas sin esplendor...

Pero si esta alma está manchada por un pecado mortal, ¡qué cambio tan repentino!... Todo lo que formaba su dignidad y nobleza ha desaparecido: cae bajo el poder del demonio; se hace su esclava, y este amo cruel ¿qué hace de las nobles facultades que esta alma recibió de Dios? ¿No las emplea en las causas más viles y degradantes?... Hablad del cielo, recordad su inmortal destino á ese bebedor instalado en la taberna, y no os oirá; ¿puede acaso amar otra cosa que ese vino, esos licores fuertes que debilitan su cuerpo y embrutece su razón?... Y ese á quien domina la avaricia ¿qué puede amar sinó el oro ó los bienes de este mundo, que secan su corazón y le hacen duro, cruel para con los pobres y para con todo cuanto le rodea?... Decid qué es lo que ama el voluptuoso, el impúdico, á qué aspiran sus pensamientos, sus deseos, todo lo que de energía queda en su corazón... Esos vergonzosos placeres que enervan su cuerpo, y devoran todo que de noble había en su alma, esto es lo que le ocupa, esto es lo único que le puede interesar... Aun cuando haya llegado á viejo, aun cuando se encuentre á dos dedos de la tumba, escuchará nuestras exhortaciones con aire atontado, con una indiferencia estúpida; y en cambio, una palabra lasciva, un discurso impuro harán estremecer todavía su embotado pensamiento, y harán asomar á sus moribundos lábios cierta sonrisa calenturienta (1). ¡Pobre pródigo! ¡Satanás, de quien es esclavo, le obliga á guardar los cerdos!... *Missit illum in villam ut pasceret porcos!*

Escuchad otro ejemplo de esta degradación... Una noche, hace de esto algunos años, unas jovencitas vestidas de blanco, con un cirio en la

(1) Véase en Lacreteille y en las memorias de aquella época, la muerte de Luis XV. ¡Ah! ¿cual es el sacerdote que no ha tenido que asistir á tales ancianos?...

mano, radiantes de felicidad é inocencia, estaban arrodilladas al pié del altar de la Virgen Santísima; la acababan de escojer por madre suya y de consagrarse á su servicio... ; Angeles de Dios, decidnos cuán bellas eran sus almas, cuán puros eran sus corazones!... No habían transcurrido cuatro años, era también una noche, y varias de estas mismas jovencitas... Pero nó, no tengo valor para hablaros de aquellos bailes, de aquellas citas, de aquellos paseos nocturnos... ; Pobrecitas niñas, también, como el Hijo pródigo, han caído en el abismo!... Si á lo menos reflexionasen sobre su caída...

Segunda parte. — Veamos ahora la abyección del Hijo pródigo. Moisés, próximo á morir, previendo las infidelidades de los Judíos, les decía de una manera profética: « Si no quereis servir con reconocimiento, y en la alegría de vuestro corazón, á ese Dios que de tantos bienes os colma, escuchad lo que os sucederá: Sereis esclavos de un enemigo á quien Dios os entregará; muriendo de hambre y sed, desnudos y sumidos en la mayor miseria, vereis un yugo de hierro pesar sobre vosotros; sereis aplastados, envilecidos, pulverizados (1) ». ; Qué bien descrita está la historia de la degradación, de la abyección del Hijo pródigo, escrita quince siglos antes de que nuestro divino Salvador relatase esta admirable parábola!...

Le hemos visto, padeciendo hambre, esclavo, envilecido, degradado; ¿ puede descender todavía más abajo?... Sí, hermanos míos, y esto es lo que vamos á ver considerando su abyección... Se puede estar ocupado en trabajos viles, y tener sentimientos superiores á su condición. Mas no pasa lo mismo con este desdichado; sus faenas son viles, sus sentimientos son más viles todavía... No basta verse reducido á guardar cerdos; llega hasta á desear su alimento, á lanzar una afanosa mirada al innoble pilón donde se revuelcan aquellos inmundos animales.... Aquellos desperdicios que para pasto se les arrojan, él los codicia, desea hartarse de ellos; ; no puede concebirse deseo más abyecto!... Desear vivir de lo que viven los cerdos, ; qué abyección, gran Dios!... Y con todo, desventurado pródigo, tu deseo no será atendido, nadie te dará ese alimento objeto de tu insensata codicia...

(1) Deuter. XXVIII., 47.

Bajo este enérgico emblema del Hijo pródigo reducido al extremo de desear, sin poder obtenerlo, el alimento de los cerdos, Jesucristo ha querido hacernos ver, hermanos míos, la abyección profunda en que cae el alma envilecida por las pasiones... Llega, efectivamente, un momento en que el pecador está de tal modo embrutecido, que no conserva casi sentimiento alguno digno de la humana inteligencia; lo que le ocupa es el mal; de día y de noche, en sus sueños, no ve más que su pasión; las reflexiones le molestan, las atenciones que se ve precisado á guardar le hacen daño... Si odia á alguien, quisiera vengarse sin temor de la justicia, como se venga un irracional de otro... Si está dominado por la lujuria, envidia la condición de los brutos, para poder sacudir el yugo de la decencia, y entregarse sin freno ni medida á sus brutales inclinaciones... Es el Hijo pródigo que codicia la comida de los cerdos...

Otras veces los remordimientos pesan, y la conciencia grita: « Miserable, hay que restituir estos bienes mal adquiridos; un dia tendras que morir y dar cuenta de todos tus vergonzosos crímenes... » Entonces, como alocado por las pasiones, se encarniza contra la fé, contra la religión; quisiérase aniquilar hasta el último resto de ella en el alma; empiézase á desear la suerte de los irracionales, que no tienen remordimientos; quisiérase no tener un alma inmortal, y morir todo entero como el irracional cuyo cuerpo es entregado al descuartizador... Mas nó, rey destronado, apesar de tu envilecimiento, queda en tí un recuerdo de tu noble origen... Esta tranquilidad del bruto en medio del mal, nada te la puede dar. Esa calma del irracional espirando encima de la paja, tu alma no la tendrá jamás: demasiado bien sabe ella que es inmortal: en vano codicias la comida de los cerdos, nadie te la podrá dar. ; *Et nemo illi dabit!*...

PERORACIÓN. — Sí, carísimos hermanos, el infeliz Hijo pródigo había descendido muy abajo!... ; Ay! una vez separado de su padre, se había visto solo, rodeado de extraños que escitaban sus despilfarros, y especulaban con sus pasiones. Infortunado jóven, entregado á todas las seducciones, ; podía sustraerse á aquellos aduladores que le asediaban, á aquellas viles criaturas que con pérfidas artes secaban su corazón y disipaban todos sus bienes?... ; Ni una voz sincera en medio de aquella

conspiración de todos los vicios contra su inexperiencia !... ; Ni un amigo que, con sus consejos austeros y desinteresados, le hiciese ver el abismo hácia donde caminaba ó hiciese brillar un rayo de luz en medio de las tinieblas que ofuscaban su inteligencia ! Vedle solo, absolutamente solo en medio de aquellos hombres envilecidos, de aquellas mujeres perdidas... ; Con cuánta exactitud, oh Espíritu Santo, habeis dicho : *¡ Ay de aquel que está solo y sin consejero ! ; Væ soli !...*

Pero nosotros, queridísimos hermanos míos, ¿ podríamos invocar esta excusa?... Por fuertes que fuesen las tentaciones que nos atacasen, por seductoras que fueran las ocasiones que nos atrajesen, teníamos siempre una voz amiga para advertirnos y aconsejarnos... Era la voz de la santa Iglesia católica, nuestra madre, que por medio de sus ministros nos advertía : « Pobre pecador, decía, caminas á tu perdición : pon cuidado, que esas compañías que frecuentas, esos vicios á que te abandonas, son otros tantos enemigos que han concertado tu ruína... » Y nosotros hemos despreciado estas saludables advertencias, hemos querido ir hasta el fondo del abismo. Sí, somos más culpables que el Hijo pródigo... ; Ah ! á lo menos, amadísimos hermanos, ya que le hemos imitado en sus extravíos, supliquemos á la misericordia divina que nos conceda la gracia de que le imitemos en su conversión ; que podamos todos, por medio de un arrepentimiento sincero, regocijar el corazón de nuestro Padre celestial, y merecer participar de la suerte de sus hijos en una venturosa eternidad... ; Así sea !

PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

INSTRUCCION SEXTA.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA (*en la oración de la noche*)

Reflexiones del Hijo pródigo ; resolución que toma.

Texto. *In se autem reversus, dixit : Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus. Mas entrando en sí mismo, dijo : en la casa de mi padre cuántos mercenarios tienen pan en abundancia !*

(LUC, XV, XVII)

EXORDIO. — Hermanos míos, hasta aquí hemos explicado la parte más penosa de esta historia.... Era necesario, para hacernos comprender mejor la infinita misericordia de Dios y su ternura por los pecadores. Cuanto más ingrato, rebelde é indócil había sido el Hijo pródigo, cuanto mayor insensibilidad y dureza había puesto en separarse de su padre, con tanto mayor esplendor brilla la bondad, la ternura de aquel padre, que con tanto cariño le acoge á su vuelta.... Le hemos seguido en sus extravíos ; le hemos visto disipar su hacienda entre orgías, caer en la miseria y padecer hambre ; le hemos visto precisado á vender su libertad, y á descender, por decirlo así, á un ismo de miseria y degradación... Esas humillaciones, esas consecuencias crueles de su rebelión contra su padre, haran sentir mejor el valor de la ternura con que se le recibe ; nosotros á nuestra vez comprenderemos mejor el envilecimiento de que su padre le ha librado acogiendolo tan amorosamente su arrepentimiento...

El hijo pródigo, lo hemos dicho ya, mis hermanos muy amados, somos nosotros mismos, todos y cada uno de nosotros infelices pecadores. Nosotros nos hemos rebelado contra Dios, negándonos á obedecer sus